



EN LA COLUMNA DE UMBRAL / 90

ROMÁN GUBERN

El desnudo



Mi admirado amigo **Oscar Tusquets** acaba de publicar un libro titulado *Contra la desnudez*. Como buen arquitecto, **Oscar** interroga en su texto la arquitectura corporal humana, un tema sobre el que ya pontificaron los griegos y que retomó **Leonardo** en el Renacimiento. El editor, **Jorge Herralde**, ha tenido el buen gusto de publicar este libro tras los calores estivales, que es la época en que más proliferan los cuerpos desnudos y por eso no nos impresionan. Ahora que circulan tapados, el desnudo resulta más provocador.

Escribí hace años que el desnudo es el traje que más difícil resulta de llevar con elegancia y estoy seguro de que en este punto el maestro **Umbra**, que era muy exigente en materia estética, me daría la razón. Pero luego leí que el visitante de una playa nudista puede distinguir sin equívoco al ejecutivo del *punkie* y eso me hizo repensar la cuestión. El azar ha hecho que este libro aparezca al mismo tiempo que *Historia de la fealdad*, de **Umberto Eco**, libro que debiera leerse en paralelo con el de **Oscar**, pues coinciden en algunos interrogantes pertinentes al tema.

Desde hace años me he preguntado si las fotos de las coristas desnudas del Folies Bergère de principios del siglo pasado, con sus cuerpos planos y sin formas acusadas, representaban estadísticamente el cuerpo de las francesas de la época o eran seleccionadas en virtud del canon estético dominante. Y la misma pregunta podría repetirse con las rollizas modelos de **Rubens**, en una época en que las mujeres no se preocupaban por el régimen dietético ni por la gimnasia.

El doctor **David Perrett** efectuó hace 10 años una se-

rie de experimentos sobre apreciación estética con audiencias europeas y japonesas y concluyó que gustan las personas que encajan con el canon estético local, pero que se desvían ligeramente del promedio, lo que es percibido como un rasgo original, personal o ligeramente exótico. Cuando la desviación es excesiva es percibida como desagradable. Ello favorecería las uniones caracterizadas por una exogamia moderada, que, según los biólogos, es más saludable que las uniones endógamas.

Nunca resolveremos el dilema acerca de si somos rehenes de un canon universal o de un canon local o sociocultural. Los etólogos llevan el agua del gusto a su molino explicándolo en términos de funcionalismo biológico. Y cuando nos dicen que las mujeres prefieren un culo musculoso porque sugiere un impulso pélvico energético, hemos de callarnos. Pero observaciones como éstas no nos aclaran por qué a nuestros bisabuelos les gustaron los cuerpos de matrona, a sus hijos el cuerpo flacucho de **Mistinguette**, a sus nietos el esqueleto de **Twiggy** y a sus biznietos las formas generosas de **Pamela Anderson**.

Y, visto lo que está ocurriendo en las pasarelas de la moda, caemos en la cuenta de que el mundo cayó rendido a los pies de **Audrey Hepburn** cuando no se había criminalizado la anorexia. Tal vez sea verdad la teoría que sostiene que la modelo anoréxica es un fruto de la hegemonía de los modistos homosexuales en el sector, proclives a idealizar la elegancia asexual más que las formas carnales para el fornicio. ¿Y -perdonen mi indecencia- qué decir de los genitales? ¿Son en realidad hermosos -dignos del altar estético- o meramente excitantes?